[53]

EL TRAIDOR CONTRA SU SANGRE

DE

D. Juan Matos Fragoso.

de 1608-1688

PERSONAS

El Conde de Castilla.
Gonzalo Bustos.
Gonzalvico.
Fernando.
El rey Almanzor.
Ruy Velázquez.
Basco.
Diego.
Arlaja.
Celín.
Celima.
Un jardinero.
Moros.
Soldados y músicos.

JORNADA PRIMERA

Salón.

Salen el Conde de Castilla, barba, Gonzalo Bustos y acompañamiento.

Conde. Ya que os habéis de partir
á hablar al rey Almanzor,
Gonzalo Bustos, honor
de Castilla, mi sentir
diréis al Moro, que quiero
que por vos quede advertido,
que aunque la tregua le pido
no temo su corvo acero;
pues con armas desiguales,
siendo su campo mayor,
me ha dado vuestro valor
ocho batallas campales:
partiréis, pariente mío,
porque sepa su cuidado,
yendo vos, que en un soldado
un ejército le envío.

Bustos. Garci Fernández, buen conde
de Castilla, el Lidiador,
pues este nombre al valor
que hay en vos bien corresponde,
yo voy con mil regocijos
á serviros, satisfecho
que han de hallar en vuestro pecho
otro padre mis siete hijos,
que como asaz son traviesos,
y Gonzalvico mató
á Alvar Fáñez, temo yo
si hacen algunos excesos
faltando el amparo mío,
que con el menor arrojo
resuciten el enojo
de Ruy Velázquez su tío,
que como al fin se casó
con doña Alambra, la hermana
de Alvar Fáñez, y tirana
vengarse solicitó,
aunque vos metísteis paz
temo algún hecho inhumano,
que Ruy Velázquez no es sano
y es muy valiente el rapaz.

Conde. No hay en Burgos quien le iguale
en fuerza, gala y valor,
que aunque es el hijo menor
entre todos sobresale,
y es de vos vivo traslado.

Bustos. Porque el enojo mitigue,
que su tío le castigue
en mi ausencia, le he mandado;
y á él, que esté muy obediente
á sus preceptos, señor,
para que cese el rencor
de doña Alambra y su gente,
que tiene tal ojeriza
su familia con mi casa,
que aquella difunta brasa,
que abriga el pecho ceniza,
después que el odio empezó,
temo que se ha de encender.

Conde. No podrá volver á arder,
que estoy de por medio yo;
y además....

Gonzalv. (*Dentro.*) Muere, villano,
antes de lograr tu intento.

Salen Ruy Velázquez, Gonzalvico y Basco.

Ruy. De enojo y rabia reviento.

Gonzalv. ¿Bastón para mí en la mano?

Bustos. ¿Gonzalo?

Gonzalv. No hay quien me cuadre.

Ruy. Es un rapaz sin recato.

Gonzalv. Agradeced que no os mato,
á estar delante mi padre.

Basco. Si no llego yo le ahoga.

RUY. Él es un desmesurado.
BUSTOS. ¿Qué fué, Basco?
BASCO. Estando airado
quiso el tío darle soga,
y él le deshizo el carrillo.
BUSTOS. Su enojo al alma me llega.
BASCO. Adonde su mano pega
parece caer un martillo.
CONDE. ¿Sobre qué fué la cuestión?
Decidla.
GONZALV. No ha sido nada.
BASCO. Vió á Gonzalo sin espada
y atrevióse el follón.
RUY. Á una dueña de mi esposa
hizo una burla pesada
con que quedó lastimada.
CONDE. ¿Qué fué la burla?
BASCO. Famosa:
en la silla de costillas
una púa la clavó,
y la dueña se sentó
y no se hirió en las rodillas.
RUY. Yo le quise castigar.
GONZALV. Y yo no se lo sufrí.
RUY. Su padre me mandó á mí
que quedase en su lugar,
y esta licencia me dió
y así yo hice su mandado.
BUSTOS. Temprano habéis comenzado,
que aun no me he partido yo.
CONDE. Bustos, de cortés lo haría,
ó si no juramentadle,
que cuando os decía dadle
que no le diéseis decía:
que un padre en tal ocasión,
si es noble, tal mandará;
mas quien á su hijo da
le hiere en el corazón.
RUY. Yo hice el gusto de su padre,
que para quitarle el brío,
no es menos que padre un tío,
que es hermano de su madre.
BUSTOS. Verdad es que os lo mandé,
si es que él os daba ocasión;
mas mi gana en tal sazón
fué, y os juro por mi fe,
le castigáseis, Rodrigo,
de lengua; pero con mano
ó bastón, como á villano,
no lo quise, es Dios testigo,
porque solamente á mí
lo sufriera el garzón tal,
que aunque es travieso es leal,
y el más humilde que ví.
RUY. Si os ofendí ya está hecho.
GONZALV. Sí, mas limpiáos la cara.
RUY. (*Ap.*) (¡Ah, aleve, quién la lavara
con la sangre de tu pecho!)
BUSTOS. ¿Sangre tenéis?
BASCO. Sí.
RUY. (*Ap.*) (Hoy prevengo
la venganza que me toca,
que aunque hay sangre hasta la boca
parece que no la tengo.)
BUSTOS. ¿Fué herida?
BASCO. Puñete atroz
fué, que él los tira valientes;
mas si le cogió los dientes
bien puede comer arroz.
CONDE. Gonzalvillo.
GONZALV. Señor mío.
CONDE. (*Ap.*) (¡Qué gallardo es el rapaz!)
Yo deseo vuestra paz:
dad la mano á vuestro tío. (*Dásela.*)
GONZALV. Esta es mi mano, señor.
RUY. (*Ap.*) (Presto me veré vengado,
pues la carta le he trocado
que escribe el Conde á Almanzor.)
CONDE. Dejad pasados enojos,
y atended sólo, Rodrigo,
que á vuestra amistad me obligo.
BASCO. (De sayón tiene los ojos.)
RUY. Yo, señor, no me he enojado.
(*Ap.*) (Fingir importa mi intento.)
Tuvo Alambra sentimiento
de que Gonzalvillo ha dado
en estorbar sus placeres;
mátale fiero un hermano,
y después á un hortelano,
y ahora burla sus mujeres.
GONZALV. Porque antes que prosigas,
á todo te satisfaga,
y mi justa razón sea
de nuestra amistad fianza,
aunque dí muerte á Alvar Fáñez,
atended las circunstancias,
que no es bien que ande su queja
echando á perder mi fama.
Cuando en las fiestas de Burgos
salimos á correr cañas,
mi padre con mis hermanos,
que una cuadrilla formaban
de una hermosa primavera,
todos de encarnado y plata;
en ocho brutos morcillos,
que tan veloces pisaban,
chascando las duras piedras
donde la herradura estampan,
que al ver que sacan centellas,
á cada golpe nevaban
con la blanca espuma el suelo,
que fué diligencia extraña
irla primero nevando
para no encender la plaza.
Corrieron, pues, las parejas
dos á dós luégo dobladas
cuatro á cuatro, y embrazando
cada ginete su adarga,
para ir recibiendo diestros
de unos en otros las cargas;
salieron largos los cuatro
á quien tirar nos tocaba,
y yo desde nuestro puesto,
viendo que tanto se alargan,
tiré una caña tan fuerte,
que para volar con alas,
para acreditarse flecha,
le sacó las plumas blancas
del capellar á un ginete,
y en la punta enmarañadas,
pasó con tanta violencia
de frente á frente la plaza,
que se quedó con las plumas
clavada en una ventana.
Viendo entonces Alvar Fáñez
que esta accion me celebraban,
con envidia los galanes
y con aplauso las damas,

por agradar á la suya
quiso apropiarse esta hazaña,
atribuyendo á su diestra
de mi brazo la pujanza.
Ligereza fué, y no es nuevo,
que hay hombres que con la maña,
imitando á la corneja,
con ajenas plumas campan;
mas cuando la ven compuesta
de hermosas plumas, y varias,
cada pájaro conoce
el hurto en la que le falta,
y embistiendo á la corneja,
se las quitan á picadas.
Viendo al fin que persevera
en usurparme mi fama,
estando delante de otros
caballeros, cara á cara
le dije que era mal hecho,
y vanidad mal fundada,
quitarme á mí la opinión
por lograr él su alabanza.
Á lo cual me respondió
defendería en campaña
lo que una vez había dicho:
retóme, y sin más palabras,
pidiéndole campo al Conde,
en Castilla antigua usanza,
salimos desafiados,
ambos con iguales armas,
donde yo logré una herida
y él lamentó una desgracia.
Su vanidad le dió muerte,
esta fué sola la causa:
¡mirad si fué ligereza,
pues sólo pesó una caña!
Desde este suceso tienen
tanto enojo con mi casa,
conmigo y con mis hermanos,
por tener sangre de Laras,
que no emprendemos facción
que no les parezca mala.
Si salimos con los moros
á pelear en campaña,
siguiendo con nuestro padre
las banderas castellanas,
constantes siempre los riscos,
sin volver jamás la espalda,
cuando venimos cargados
de trofeos en las lanzas,
con más cabezas de moros
que espigas siega doradas
el labrador venturoso,
que el oro amontona en parvas,
se entristecen de mirarnos,
pesándoles de que aplauda
Castilla nuestro valor,
y llore su horror Vandalia.
Esta es la queja que tienen,
intentando doña Alambra
que cese su sentimiento
por medio de la venganza.
Mal sabe lo que es ofensa,
porque si al campo me saca
su hermano, ¿en qué le he ofendido,
si le maté sin ventaja?
Si un acaso hace delito
su mal fundada ignorancia,
lo que piensa como injuria
piénselo como desgracia,
y verá que si á su sangre
llegó primero mi espada,
fué por llevar la razón
con justicia acreditada.
Y si lo que tengo dicho
por satisfacción no basta,
para que cese su enojo,
y lo que es más, tu palabra,
que en hacer las amistades
está, señor, empeñada,
quien aventura la vida
tantas veces en batalla
contra el andaluz turbante,
en defensa de su patria,
una la pondrá y mil veces,
si hubiere uno y mil que salgan
á la campaña conmigo,
que señalándonos armas,
con mi vida ó con la suya
acabe el odio de tantas;
y aunque la mía se pierda,
perderla será ganarla,
que una vida bien perdida
un honradó fin alcanza.

CONDE. Por mi fe, que tiene el joven
fuerte corazón, y el alma
se regocija de oirle:
fuerza tiene en las palabras,
como en el brazo

BUSTOS. Y aun hace
mucho más de lo que habla.

BASCO. Y huyen dél los moros más
que los cocheros del agua.

BUSTOS. Y con razón era espejo
de su madre doña Sancha,
que ya pasó á mejor vida,
que es lo que me aflige el alma.

CONDE. Gonzalo, vuestra opinión
está bien asegurada;
todos saben en Castilla
que fué vuestra acción hidalga,
y Rodrigo lo conoce.
¿No es así?

RUY. Señor, la causa
es como él la ha referido.
(*Ap.*) (Disimular la venganza
conviene, hasta que en su sangre
toda la sed satisfaga
de doña Alambra mi esposa,
á quien el alma idolatra.)

CONDE. Cesen, pues, pasados odios;
ved que los rencores manchan
el corazón de los nobles;
y advertid que si su espada
os mató á vuestro cuñado,
que es hijo de vuestra hermana.

RUY. Yo, señor, como á sobrino
le quiero.

BUSTOS. Gonzalo, abraza
á tu tío.

GONZALV. Aquestos lazos
sean de tu amor la paga.

RUY. (*Ap.*) (Presto los verás cortados.)

BUSTOS. Ya, pues, que de mi jornada
es tiempo, que me despida
de otros dos hijos del alma,
Fernán González, y Diego,
que se quedaron en Salas;

me daréis, señor, licencia.
BASCO. No la pidas, que ya en casa
están, y ahora se apean
de dos yeguas alazanas,
céfiros con herraduras,
que perdió el moro en batalla,
cuando regó con su sangre
las vegas de Guadiana.

Salen FERNANDO, DIEGO é INFANTES.

FERN. Señor, por tu bendición
venimos antes que partas.
BUSTOS. Llegad, hijos, á mis brazos.
GONZALV. Mejor dirás á tus plantas,
padre, porque nos bendigas.
CONDE. La honra son de los Laras.
GONZALV. Tu bendición esperamos.
BUSTOS. La de Dios primero os caiga,
hijos, y después la mía.
CONDE. ¡Qué obediencia! ¡qué cristiana
acción!
BUSTOS. Levantad del suelo.
DIEGO. El cielo con bien te traiga
y dé los triunfos que suele.
RUY. (*Ap.*) (No le esperéis, que la carta
que escribió el Conde, he trocado,
y en ella su muerte traza
mi cautela.)
CONDE. Con siete hijos
dais á Castilla honra tanta,
Gonzalo, que son los siete
siete leones de Albania.
BASCO. Bien dice, que aquestos siete
hacen un siete de espadas,
con quien hace flux Castilla,
y al moro el resto le gana,
con que le dejan desnudo,
por más que envide, y sin armas;
pues que, si juegan al hombre,
á cada paso le baldan,
y arrastran todos los triunfos;
que aunque á cada mano se halla
el moro pata de perro,
no le dejan hacer baza.
CONDE. Y vos, Basco, ¿qué habéis hecho?
BASCO. Yo purgo lo que ellos sangran,
y si no mueren de Basco
hago que mueran de bascas.
CONDE. Bien está; vamos, Gonzalo,
para que en vuestra embajada,
de la tregua que deseo
se asegure la esperanza.
GONZALV. Para que Almanzor conozca
al que teme en la campaña.
RUY. (*Ap.*) (Para que su alfanje sea
la segur de tu garganta.)
BUSTOS. Para que en las treguas cobren
nuevo aliento nuestras armas.
CONDE. Para que te aclame el mundo
por el padre de la patria.
BASCO. Y para que Basco vuelva
triunfante, y traiga en la espada
cien mil moros que vender,
que á más moros más ganancia. (*Vanse.*)

Salón árabe.

Salen CELIMA, ARLAJA, MÚSICOS y MOROS.

CANTAN. En el día feliz, que de Arlaja
celebra los años el Mayo galán,
no esté triste, porque años floridos,
que aumentan belleza, no añaden edad.
CELIMA. ¿Es posible que en el día
que se celebran tus años,
y á toda Córdoba llama
el rey Almanzor tu hermano
para tu aplauso, estés triste?
ARLAJA. Yo los celebro llorando:
mira cuál será mi pena,
Celima, pues que no hallo
ni en el callarla remedio,
ni en el llorarla descanso.
CELIMA. Muchos días há, señora,
que en tu rostro he reparado
que no tiene aquel contento
que solía.
ARLAJA. Es que ando
con una melancolía
que no entiendo.
CELIMA. Poco valgo
ya contigo, pues solía
de tu pecho ser traslado
mi corazón.
ARLAJA. Haz que canten
los músicos retirados,
porque mi hermano no entienda
que no estimo el agasajo,
y queda sola conmigo.
CELIMA. Cantad hacia esotro cuarto
de la torre, que su alteza
lo ordena.
MÚSICOS. Su gusto hagamos.
En el día feliz, etc.
(*Vanse los músicos cantando.*)
ARLAJA. Muchos días há, Celima,
que vive en mí enajenado
el libre imperio del alma
de un pensamiento tirano.
Desde que desde esta torre
ví pelear á los dos campos
de Andalucía y Castilla,
que el ceño de Marte airado
en las dos frentes formaban
para la lid, despertando
el parche á la infantería
y la trompeta al caballo;
embistieron á los nuestros
con tal furia los contrarios,
que al trabar la escaramuza,
allí hiriendo, aquí matando,
éste acometiendo diestro,
y aquél volviendo bizarro,
cuál va huyendo y cuál le sigue,
y de un golpe temerario,
al ver que un moro le embiste,
le corta la espada y brazo.
Finalmente, embravecidos,
como suele el Noto airado
robar al florido almendro
la primer gala del año,
y es salteador de sus flores,
pues le desnuda en el campo.
No de otra suerte embistieron
contra las vidas de tantos,
triunfando con feliz suerte
los aceros castellanos
de tanta florida toca,
que en los turbantes gallardos

flores eran del almendro,
pereciendo en el rebato
la juventud más florida
de Córdoba, que al espacio
de dos horas de batalla
luégo su muerte encontraron,
que siempre la halla más presto
quien florece más temprano.
Aclamaron la victoria,
y sin quedar en el campo
uno que los resistiese,
intentaron dar asalto
á la ciudad, y á este tiempo
me vió en la torre llorando
el cabo que los gobierna,
que como era el más bizarro,
fué el primero que dió vista
á los muros de palacio;
y al ver el llanto en mis ojos
dijo, parando el caballo:
«No llores, hermosa mora,
que juro á esos soles claros,
que en dos campañas azules
almas están cautivando,
de no hacer mal á los tuyos;
y ahora perdono el asalto
por tí sola.» «Alá te guarde,
le dije, noble cristiano,
y dé la dicha que esperas.»
Partió al fin solemnizando
mi hermosura, y iba á trechos
arbolando un lienzo blanco,
como que ratificaba
la palabra que había dado
de no ofender á los míos.
Yo entonces, viendo su agrado,
su valor, su bizarría,
y estilo tan cortesano,
quedé el modo agradeciendo,
y no sé si diga amando,
puesto que desde aquel día
jamás la memoria aparto,
Celima, de este suceso.
Y ahora que el Rey mi hermano,
porque todos le conozcan
para prenderlo, ha mandado
poner un retrato suyo
en la sala de palacio,
adonde da las audiencias,
crece, con ver el retrato,
este afecto que reprimo,
y esta memoria....

CELIMA. Tu hermano
viene.

ARLAJA. Después hablaremos.

Salen ALMANZOR y CELÍN.

ALMANZ. Sólo fío de tu brazo,
Celín, tan grande interpresa.

CELÍN. Ya para salir al campo
están, señor, prevenidos
tus valerosos soldados,
y sólo tu aviso esperan.

ALMANZ. En todo hoy la carta aguardo
de Ruy Velázquez mi amigo,
con quien he firmado el trato
de darle de la conquista
los castillos señalados
y las villas, si me entrega
los siete hijos de Gonzalo,
aquel general valiente,
que con ellos ha triunfado
tantas veces de mis huestes,
para que cese el amago
que he alcanzado por mi estudio,
leyendo y examinando
esos cristalinos libros
de signos, luceros y astros;
pues he visto que ha de ser
de mi corona el estrago
un joven que tenga sangre
de los Laras castellanos,
y así quedará extinguida;
porque además de entregarlo
á la morisca escarcina,
por interpresa en los campos
de Palomares, también
tenemos capitulado
que ha de enviarme á su padre;
y para mayor resguardo,
elige que esté su vida
al arbitrio de mi mano,
y hasta que esta empresa logre
no has de partir.

CELÍN. Á mi cargo
sólo está el obedecerte. (*Vase.*)

ALMANZ. Mas ¡qué miro! Arlaja, cuando
tus años festejan todos
los nobles de mi palacio
¿tan sola estás?

ARLAJA. Con Celima
estaba, señor, tratando
de lo mucho que te debo.

ALMANZ. Más me has de deber, pues mando
que este día reines sola,
y como á mí, mis vasallos
te obedezcan.

ARLAJA. Nadie ha visto
tal amor ni tal hermano.

ALMANZ. Hola, llegadnos asientos,
para que en igual aplauso,
como reina, hagas mercedes
en mi solio soberano.

BASCO. (*Dentro.*) Yo he de entrar, que soy pariente
de Almanzor.

UNO. Tener, cristiano,
ó llevar palo en cabeza.

ALMANZ. ¿Qué ruido es ese?

UNO. Un soldado,
que dice que es deudo tuyo.

ALMANZ. Dejadle.

Sale BASCO.

BASCO. Yo soy don Basco,
que es, señor, de vuestra sangre
el pariente más cercano
que tenéis.

ALMANZ. ¿Qué parentesco
es?

BASCO. No más que ser hermanos.

ALMANZ. ¿Hermano? ¿Estuvo algún tiempo
tu madre dentro en palacio?

BASCO. Nó señor; mi padre sí.

ALMANZ. Bellaco es el tal cristiano.

BASBO. Mi padre fué cocinero
de tu padre, que finando,
no paró en el purgatorio,
porque se fué más abajo;

y como al fin le guisaba
siendo cautivo, los platos
que el más gustaba, y comían
de un mismo manjar entrambos,
criaron la misma sangre,
con la cual nos engendraron
mi padre á mí y á tí el tuyo;
luégo nos alimentaron
con unos manjares mismos,
y así una sangre criamos;
conque de esta suerte somos
parientes al fin, y hermanos
de alcuzcuz, como de leche:
ved si el parentesco es largo.

CELÍN. Humor tiene el cristianillo.

UNO. Bofón ser por Alá santo.

ALMANZ. ¿Y á qué has venido?

BASCO. He sabido,
gran señor, que estábais malo
de una gran melancolía,
y así he venido á curaros,
que he estudiado medicina.

ALMANZ. Serás muy grande herbolario.

BASCO. Herbolario, nó señor,
mas soy galgario.

ALMANZ. Galgario,
¿qué arte es?

BASCO. Un arte nuevo,
con que queda un hombre sano
purgándose una vez sola,
aunque haya comido cantos.

ALMANZ. ¿Cómo así?

BASCO. Escuchen atentos,
que es un secreto muy raro.
Pónese en una olla entéra
una liebre á fuego manso,
viva, hasta que se consuma
y deje un sabroso caldo;
y en otra olla mayor luégo
se pone á cocer un galgo,
el cual se va consumiendo
también con el mismo espacio
que la liebre, y luégo que
están bien cocidos ambos,
sorbe el enfermo primero
el caldo de liebre á tragos,
y otros tantos se ha de echar
tras él de caldo de galgo;
y como al caldo de liebre
le siente bullir debajo,
el caldo de galgo corre
tras él, tan desaforado
por darle caza, que dejan
limpias las tripas á saltos,
corriendo el uno tras otro
hasta que salen entrambos,
con que dejan al doliente
bueno, pero aporreado.

ALMANZ. Notable es la medicina.

BASCO. El remedio es aprobado.

ALMANZ. ¿Y eres latino?

BASCO. Muy grande,
que estudié cuando muchacho
y soy gramático fuerte.

ALMANZ. Pues pídeme en latín algo.

BASCO. Vinum mihi morus mitte
bota Muza, maza echabo,
vaciata posteà; que quiere
decir esto en castellano:
que me hagas con vino un mico,
y que la bota vaciando
posteà, fuerte como un poste
se la echaré temerario
al moro Muza por maza.

ALMANZ. Muy bien el premio has ganado:
toma, Basco, este bolsillo.

BASCO. Gran señor, con favor tanto
vencedor soy, pues con él
el oro y el moro gano.

Sale CELÍN.

CELÍN. Señor, un embajador
de Castilla está aguardando
para hablarte.

ALMANZ. Decid que éntre.

Sale GONZALO BUSTOS.

BASCO. Éste, señor, es mi amo.

ALMANZ. ¿Quién es tu amo?

BASCO. El que miras.

ARLAJA. (*Ap.*) (Cielos, este es el cristiano
que mi hermosura obligó
con tan corteses aplausos.)

BUSTOS. (*Ap.*) (Cielos, aquesta es la mora
que ví en la torre llorando.)

ALMANZ. (*Ap.*) (Gonzalo Bustos de Lara
es este que estoy mirando,
y apenas mi dicha creo.)

CELÍN. (*Ap.*) (Faltándoles este cabo
no hay que temer de Castilla
en los nuestros más estragos.)

ALMANZ. ¿Qué os suspendéis?

BUSTOS. Esta carta
para vuestra alteza traigo
del gran Conde de Castilla.

ALMANZ. Que el Conde me escriba extraño.
(*Lee ap.*) (De Ruy Velázquez la firma
es, bien ha cumplido el trato.)

BUSTOS. (*Ap.*) (Mirándome está la mora.)

ARLAJA. (*Ap.*) (No ví más galán soldado.)

BUSTOS. (*Ap.*) (Hermosa es como el sol mismo.)

ALMANZ. (*Ap.*) (Mal sabe el cristiano el lazo
que trae al cuello en la carta;
que le dé muerte en llegando
me avisa mi fiel amigo.)
Las guardas de mi palacio
apresta, Celín, al punto.

CELÍN. Ya yo á obedecerte salgo. (*Vase.*)

BUSTOS. (*Ap.*) (Sin duda que divertido,
al Rey se le habrá olvidado
la ceremonia, y yo quiero,
si fué descuido, acordarlo
así; y si acaso es malicia, (*Siéntase.*)
darle á entender que la alcanzo,
porque en los puestos se pierden
las preeminencias, y es llano,
por un descuido tal vez
de aquel que llega á ocuparlos;
y así, ha sido buen acuerdo
tomar asiento entretanto
que lee.)

ALMANZ. (*Acaba de leer.*) Qué habéis hecho?

BUSTOS. Honrarme,
pues vos no me habéis honrado,
que por venir, como vengo,
á vos del Conde enviado
con la embajada, en que os pide
treguas, deste fuero usando,

debo hacer esto, y por mí
lo hiciera, que soy Gonzalo
Bustos de Lara, en Castilla
de los primeros hidalgos,
nieto del rey don Ramiro,
y por mi espada y mi brazo,
Almanzor, en lo que os cuesto
podéis saber lo que valgo.

ALMANZ. Porque sé lo que valéis,
hoy determino, Gonzalo,
que no volváis á Castilla.

BASCO. *(Ap.)* (Él quiere darle algún cargo.)

BUSTOS. Vuestro designio no entiendo.

ALMANZ. Es, que há menester mi Estado
cabezas como la vuestra,
que cuando se va acabando,
es el remedio de un reino
la cabeza de un soldado.

BUSTOS. Bien se vé que no conoce
vuestra alteza al que está hablando.

ALMANZ. Por haberos conocido,
esto he resuelto: soldados
de mi guarda, dadle luégo
la muerte.

ARLAJA. Señor, pues cuando
de mi nacimiento el día
celebras, ¿quieres airado
verter sangre? Yo su vida
te pido; y así, hasta tanto
que esta merced me concedas,
tus pies no dejaré, hermano.

ALMANZ. Por tí perdono su vida:
Arlaja, llega á mis brazos;
pero dejar de prenderle
no podré.

BUSTOS. ¿Qué causa ha dado
para enojaros, señor,
mi vida, pues quebrantando
de embajador el indulto
así me tratáis? Si acaso
porque delante de vos
me senté, no es desacato,
pues en nombre de quien vengo
pude hacer eso.

BASCO. Eso es claro,
más que olla de colegiales
artistas.

ALMANZ. Yo sé, Gonzalo,
que no quiebro y que no ofendo
de vuestra embajada el cargo,
porque el Conde de Castilla
no es quien me ha escrito.

BUSTOS. Algún falso,
traidor, infiel, fementido,
me ha vendido con engaño.

ALMANZ. Entradle luégo al instante
en la torre de palacio.

BUSTOS. En efecto, ¿estáis resuelto
en prenderme?

ALMANZ. Eso he mandado.

BUSTOS. ¿Y el no decirme la causa
es razón?

ALMANZ. Razón de Estado,
porque sólo con prenderos
lo que he perdido restauro.

BUSTOS. ¿Tanto ganáis en prenderme?

ALMANZ. Más de lo que piensas gano.

ARLAJA. ¡Ay Celima! ya es mi mal
menor, pues queda en palacio
este cabo valeroso.

CELIMA. Perdida estás por el cabo.

BUSTOS. Señor, oidme.

ALMANZ. Llevadle.

BUSTOS. ¿Así os vais?

ALMANZ. No he de escucharos:
vamos, Celín, y vosotros
ejecutad lo que mando.

CELIMA. Con eso de las estrellas
queda vencido el amago. *(Vanse.)*

ARLAJA. Tu prisión menos pesada
hará mi piedad, Gonzalo. *(Vase.)*

BUSTOS. Si tu memoria merezco,
ya es dicha ser desdichado.

BASCO. Adiós, señor.

BUSTOS. ¿Tú me dejas?

BASCO. Sí, pues me dejan por bajo,
libre volveré á Castilla
á avisar á los muchachos,
que en sabiendo que estás preso,
sueltos vendrán siete rayos
á caballo contra el moro,
sin parar hasta acaballo.

JORNADA SEGUNDA

Campo.

GONZALV. *(Dentro.)* Detente, sombra fría,
sueño, asombro, ilusión ó fantasía.
Por qué me das la muerte?

FERNAND. ¡Qué susto!...

Salen GONZALO, FERNANDO, DIEGO y BASCO.

DIEGO. ¡Qué temor!...

FERNAND. ¿Tu pecho fuerte,
hermano, te disgusta?

GONZALV. Ya, pues vivos estáis, nada me asusta:
miento, que aun todo yo despavorido
rindo á los sobresaltos el sentido.

FERNAND. ¿Pues qué nueva inquietud tu pecho siente?

DIEGO. Dinos tu mal, explica tu accidente.

FERNAND. ¿Quién turba tus alientos?

GONZALV. Vosotros.

TODOS. ¿De qué suerte?

GONZALV. Estadme atentos.

BASCO. Oigan, que Gonzalvico
tan bién como la pica manda el pico.

GONZALV. Después que Almanzor tirano,
con traición y alevosía,
quebrantando el real seguro
del fuero de la milicia,
nos cautivó á nuestro padre,
bien sabéis que la alegría
desde entonces en mi pecho
tan extranjera se mira,
que sólo ha quedado en mí
contra su infame ignominia
un rencor, un sentimiento
para el estrago y las iras;
pues hasta que hemos pisado
los campos de Andalucía,
marchando en robustas tropas,

que generoso acaudilla
nuestro tío Ruy Velázquez,
á fin de vengar la indigna
acción de Almanzor soberbio,
no dí tregua á la fatiga
deste pesar, desta ofensa,
y de una melancolía
vencido, fué el sueño en mí
paréntesis de la vida.
Y apenas de aquel letargo,
entre especies mal distintas,
surcaba el golfo aparente
de asombros y fantasías,
cuando me hallé en el ribazo
de un valle, cuya florida
estancia, era mansión grata
del pensamiento y la vista.
Desde un peñasco una fuente,
trabuco de nieve riza,
tiraba á las rojas flores
municiones cristalinas;
después formaba un arroyo,
de cuya apacible orilla
siete cándidos corderos
la verde grama pacían.
Un pastor los gobernaba
hasta un prado, á quien matiza,
en vez de silvestres hojas,
bruta guarnicion de espinas:
allí el pastor (aun el miedo
no deja que lo repita)
los entregaba á una fiera,
que feroz y embravecida,
contra su inocente sangre
esgrimió agudas cuchillas;
y siendo uno solo el golpe,
ejecutó siete heridas,
cuya púrpura en los campos,
si no sembrada, vertida
quedó estampada en las flores
por señas de la ruina.
Desta suerte á mí se llega
la sombra que el viento pisa,
y con imperioso acento
escuché que me decía:
«Joven, vuelve atrás, no pases
adelante osado, y mira
que en el asalto que intentas
dar á Almanzor este día,
sangrienta muerte te espera,
cuyo rigor y desdicha
sucederá á tus hermanos,
pues en la batalla misma
verán cortado el estambre
de su juventud florida.
La tragedia lastimosa
destos corderos que miras,
es de vuestra infausta suerte
triste y misterioso enigma.
La mano que los entrega
al sacrificio, es la misma
que os amenaza el estrago,
que aplausos y honor os quita:
volved al riesgo la espalda,
huid, huid su enemiga
traición, que no valen fuerzas
contra una vil tiranía.»
Desperté todo turbado,
sin valor, sin osadía;
pero ahora que os encuentro,
no hay temor que me persiga,
que aunque esta visión me asombra
con espantosas porfías,
y parece que en el alma
secretamente me avisa
infaustas atrocidades
de alguna traición nacidas,
nada me acobarda, viendo
la razón que nos obliga
á tan heróica venganza;
y aunque fuera esta desdicha
cierta, no temiera estragos,
riesgos, asombros, ruinas,
daños, peligros, destrozos,
cuando la acción se encamina
á libertar á mi padre,
por quien con noble codicia
deseo en cambio dichoso
dar por la suya mi vida.

FERNAND. Sin duda que algún presagio
tu sueño nos pronostica.

DIEGO. Ese es un vano temor.

GONZALV. Del sueño ilusión sería.

FERNAND. No hay que temer en agüeros.

BASCO. ¿Cómo que nó? ¡Vive cribas,
que no he de pasar de aquí!
¿Una voz no te decía
que nos volviésemos? Pues
el irme es cosa precisa,
porque si acaso hay batalla,
mucho mejor es que digan,
en vez de aquí murió un hombre,
aquí huyó cierto gallina;
mas vuestro tío Velázquez....

DIEGO. Al verle se atemoriza
el pecho.

Sale RUY VELAZQUEZ.

RUY. Amados sobrinos,
ya se ha llegado aquel día
en que vuestros pechos nobles
han de ser de Marte envidia;
muéstrese en vuestro valor
hoy la sangre esclarecida
que tenéis del rey Ramiro
de León, cuya ceniza,
del olvido no apagada,
y en nosotros encendida,
de sus heróicas hazañas
ha de ser copia más viva.
Hoy de Almanzor la soberbia
hemos de dejar vencida,
darnos la batalla intenta
en esta verde campiña.
Ea, infantes, cada cual
valeroso se aperciba
para el encuentro; vosotros
por esta apacible orilla
podéis ir marchando en tropas,
mientras mi atención registra
la espesura de ese monte.
(Ap.) (De mí apartarlos quería,
porque en este sitio espero
á Celín, donde me avisa
estará presto á tratar
conmigo la industria fija
de entregarle á estos soberbios
en quien mi rencor se cifra;

pues á Almanzor tengo ya
sus cabezas ofrecidas,
y dándole este trofeo
logro la venganza mía.)

TODOS. Tu precepto obedecemos.

BASCO. Yo nó, porque soy espía
doble, y me toca explorar
el terreno y la campiña.

RUY. ¿Quién ese cargo te ha dado?

BASCO. Ha sido inclinación mía,
que esto es virtud gratis data.

RUY. Si espía eres, ¿qué noticia
tienes del campo contrario?

BASCO. No me toca el inquirirlas,
que soy espía capona:
marche, pues, la infantería,
que yo me quedo de escolta.

RUY. ¿Tú dejas tu compañía?

BASCO. Sí, porque es de los conformes
y no es ganancia el seguirla.

GONZALV. Antes que el orden nos des
de embestir, en la colina
que señorea esta vega
haremos alto.

RUY. Muy aprisa
á juntarnos volveremos,
porque en tan justa conquista,
el primero he de ser yo,
que entre la turba morisca
me arroje precipitado
para blasón de Castilla.
Adiós.

TODOS. Adiós.

GONZALV. Marche el campo.

RUY. Nunca os perderé de vista.

GONZALV. Si tu valor nos alienta,
no habrá temor que nos rinda. (*Vase.*)

RUY. Mío ha de ser el trofeo,
si Ruy Velázquez os guía.

BASCO. Yo pienso escurrir la bola,
que lo demás es mentira;
¿qué ha de hacer quien no tiene honra,
sino escapar con la vida? (*Vase.*)

RUY. La ofensa me pagarán
de las injurias antiguas:
mucho Celín tarda, y temo
que entre la selva sombría
haya perdido la senda.
¡Pero qué es esto que miran
mis ojos! Sobre una yegua
un moro andaluz con prisa
viene atravesando el bosque,
y hacia esta parte camina.

CELÍN. (*Dentro.*) Ruy Velazquez.

RUY. ¿Quién me llama?

Sale CELÍN.

CELÍN. Quien hablarte solicita,
y la fineza agradece
en la amistad que publicas.

RUY. Primero, noble Celín,
me da los brazos.

CELÍN. Mi dicha
en los tuyos se asegura.

RUY. Tu hidalgo valor me obliga.

CELÍN. Agradecido Almanzor
á las nobles bizarrías
con que su amistad procuras,
por mí asegurarte envía
desde Córdoba por cartas
el premio de acción tan fina.

RUY. Hoy cumpliré la palabra
á tu Rey, pues tanto estima
ver extinguida la sangre
de esta soberbia familia
de los Laras: ellos llevan,
noble adalid, por divisa,
sobre el pavés bandas rojas,
y en la primera cuadrilla
de la vanguardia irán juntos;
y fingiendo que los guía
mi cuidado, á todos siete
entregaré á la cuchilla
de vuestros nobles aceros,
y sin que nadie lo impida
les cortaréis las cabezas,
que podrán ir remitidas
de parte mía á Almanzor,
á quien mi cerviz se humilla;
pues con esta, otras finezas
de demostración más viva
me ha de deber, pues si puedo
le he de entregar á Castilla.

CELÍN. De toda ella serás dueño,
pues con aqueso eternizas
tu memoria, que Almanzor
con mercedes excesivas
desea honrar tus afectos.

RUY. Celín, no se pierda el día;
y pues aquí, sin ser visto
de los míos, prevenida
te tengo ya la victoria,
tu gente al punto acaudilla,
porque empiece la batalla,
y á tus escuadras avisa
que me den el paso franco,
pues por seña conocida
llevaré una banda blanca.

CELÍN. Yo haré que esa seña sirva
de respetar tu persona.

RUY. El cielo guarde tu vida. (*Vase.*)

CELÍN. ¡Por Alá, que estoy dudoso
y aun admirado de ver,
que pueda en el mundo haber
un pecho tan alevoso
como el de aqueste cristiano,
que su misma sangre entregue,
y á tener piedad no llegue
por lo que tiene de humano!
Acción tan vil é importuna
no estimara á ser yo rey,
que aunque es distinta mi ley,
la naturaleza es una:
y á un cristiano tan cruel
no quisiera por amigo,
pues quien es traidor consigo,
¿con quién podrá ser fiel?
Vive ese planeta ardiente,
que me rasga el corazón
ver con tan baja traición
vendida tan noble gente:
de valor á valor pruebe
el brazo ardientes desvíos,
que desluce heróicos bríos
una tiranía aleve;
que en la militar escuela,
yo más quisiera haber sido
con bizarría vencido,

que vencedor con cautela.
¡Oh desdichados hermanos!
¡Quién un cristiano topara
que desto los avisara!
Mas son mis intentos vanos.

BASCO. (*Canta.*) Mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal,
porque uno que á mí me cabe
de viejo se morirá.

CELÍN. Pero allí un cristiano infiero
que huyendo va con afán.

Sale BASCO.

BASCO. Quien canta, dice el refrán....

CELÍN. ¿Quién es quien va?

BASCO. Un tornillero.

CELÍN. ¿Qué oficio?

BASCO. Es un exorcismo
que buscar la patria mueve,
y es, por no hallar quien le lleve,
enviarse un hombre á sí mismo;
es ser de complexión flaca,
es temer del moro el zás,
y es, para que dure más,
saber volver la casaca.

CELÍN. ¿Cómo por aquellos cerros,
sin que el temor te amedrente,
vas cantando alegremente?

BASCO. Antes vengo dado á perros.

CELÍN. Si para escapar madruga
tu miedo, ¿no es más primor
el silencio?

BASCO. Es, que mejor
cantando se hace la fuga.

CELÍN. Según eso, no penetras
el peligro á que te expones,
pues vas cantando canciones.

BASCO. Soy correo, y llevo letras.

CELÍN. ¿Correo? Verás tu fin.

BASCO. Moro, tu furor aplaca,
que no soy correo, ni haca,
sino sólo un malandrín,
que aunque me ví caballero
fué un acaso.

CELÍN. ¿Pues qué fué?

BASCO. Que de lacayo de á pié
subí á ser sotacochero:
y si intenta tu rigor
venderme como lagarto,
no te darán por mí un cuarto.

CELÍN. ¿Por qué?

BASCO. No tengo valor.

CELÍN. Ríndete.

BASCO. Quedarás muerto,
si te llegas á mi lado;
mira que vengo apestado.

CELÍN. ¿Apestado?

BASCO. Aquesto es cierto.

CELÍN. ¿Pues qué haré?

BASCO. Déjame aquí
hacer en Sierra Morena
primero la cuarentena,
y después vuelve por mí.

CELÍN. Cautivo irás.

BASCO. Moro esquivo,
si te he decir verdad,
yo de cierta enfermedad
no quedé para cautivo;
por Cristo que no me prendas,
que otra vez me darás caza
y me llevarás por maza
para las carnestolendas;
déjame ir como un trabuco
sin parar, que enviarte espero
por mí un cierto mosquetero
que sirva á tu rey de eunuco.

CELÍN. Libertad te quiero dar,
mas será con condición,
que volviendo á tu escuadrón
de mi parte has de avisar
á los infantes de Lara,
diciendo, que con cautela
Ruy Velazquez tiene al moro
ofrecidas sus cabezas;
que sin parar un instante
al punto á Salas se vuelvan,
que el escapar con las vidas
les va en esta diligencia;
y que un moro, lastimado
de ver sinrazón tan fiera,
les da piadoso este aviso
para que librarse puedan. (*Vase.*)

BASCO. ¡Oh segundo Escandarbey
ó moro andaluz, afrenta
de los de Argel, pues parece,
según el valor que muestras,
que te has criado en Madrid
en la Morería vieja!
Por lo castizo y leal
eres moro Valenzuela.
Bien haya la yegua mora
que parió tan bella bestia.
¿Dónde hallaré los infantes? (*Cajas.*)
¿Pero qué cajas son éstas?
El cielo se viene abajo,
ó al cielo sube la tierra.

Salen los INFANTES con bandas rojas y un guión.

GONZALV. Ea, españoles bizarros,
la fe divina os alienta;
de vuestro invencible brazo
vea la andaluza soberbia
su orgullo desvanecido,
pues hasta las torres mesmas
de Córdoba, donde el moro
tiene á mi padre en cadenas,
no ha de parar mi coraje,
si el cielo ampara mi diestra.

FERN. Todos tus pasos seguimos,
pues la razón nos alienta.

DIEGO. Y la fe, que sobre todo
es la que más nos empeña.

TODOS. Santiago, cierra España.

BASCO. Contra toda esa propuesta
traigo nuevas dimisorias.

GONZALV. ¿De quién?

BASCO. De un moro, profeta
de vista, que pronostica
los sucesos de la guerra;
al cual piadoso os intima
que deis á Salas la vuelta,
y que á uña de caballo
huyáis, porque con cautela
vuestro tío Ruy Velazquez
hoy vendidos os entrega
al Rey moro; ved ahora
qué fundamento esto lleva,
porque quien os da el aviso

no os engaña, que con tierna
piedad se ha compadecido
de vuestra incauta inocencia,
y de ver vuestra desgracia
lastimado os aconseja.

GONZALV. Miente mil veces quien puso
en Ruy Velázquez la lengua,
que su noble sangre mancha
haber no puede; y si es nuestra
la suya, nó, no es posible
que se halle traición en ella.

FERNAND. Mintió quien eso te ha dicho.

BASCO. Un moro, que os lo dijera
me encargó con gran cuidado;
y aunque el tal no era Avicena,
yo sé que ha tomado el pulso
muy bien de aquestas materias,
y que estáis en gran peligro,
si no partís de carrera.

GONZALV. El persuadirte ese moro
á que ese aviso nos dieras,
más que piedad es temor
de vernos aquí, y desean
que nos volvamos, sin que
batallemos fuerza á fuerza.

BASCO. ¡Oh engañada juventud! (*Tocan.*)

TODOS. Empecemos la pelea.

GONZALV. ¡Pero qué miro! los moros
en escuadrones y hileras,
como amapolas, los campos
de rojos turbantes pueblan.

FERNAND. Mil habrá para un cristiano
y no tenemos defensa. (*Tocan.*)

DIEGO. Es el número excesivo
y por dos partes nos cercan

GONZALV. Y casi que nos embisten
sin que mi tío parezca.
¡Válgame Dios! ¿qué habrá sido,
que viendo el riesgo tan cerca
no nos socorre, y tan solos
en el peligro nos deja?
¡Hay crueldad más rigorosa!

FERNAND. ¡Hay sinrazón más severa!

BASCO. ¡Hay traición más declarada!

GONZALV. Basco, tu verdad fué cierta.

TODOS. ¿Pues qué hemos de hacer?

GONZALV. Hermanos,
otro remedio no queda
sino morir ó vencer.

FERNAND. Por las dos partes opuestas
nos vienen cortando el paso.

GONZALV. Pues á embestir.

TODOS. Guerra, guerra.
(*Sacando las espadas se entran al són del clarín y caja.*)

BASCO. Digo que renuncio el pacto,
y que protesto la fuerza
si alguno aquí me matare.
¡Que por un poco de tierra,
que tal vez por arenisca
para sembrar no aprovecha,
se maten como cochinos!
¡Y que los reyes con tema
riñan siempre por las plazas
como si fueran fruteras!
Por cierto que es cosa rara.
Mas ¡ay!, que la gente nuestra
destrozada se retira,
y con heróica violencia
mis amos van en los moros
abriendo anchurosa senda;
mas ya todo un escuadrón
carga sobre ellos, y apenas
se ve en el campo un cristiano
que los socorra; paciencia.
Ea, Basco, ten valor,
y partamos de carrera
sin parar hasta Getafe. (*Vase.*)

GONZALV. (*Dentro.*) Bárbara canalla, espera,
que á no ser tantos vosotros,
yo sé que no se rindieran
los Laras.

CELÍN. No los matéis,

Salen los INFANTES retirándose como desmayados, con las espadas desnudas, y tras ellos CELÍN y los moros que pudieren.

que por Alá, que es fiereza
que pechos tan valerosos
mueran aquí sin defensa;
dejadlos tomar aliento.

UNO. ¡Qué es tomar aliento! mueran,
pues el orden de Almanzor
cumplimos desta manera;
y en tí, Celín, es traición
aquesta piedad que muestras.

GONZALV. Noble moro, á tu valor
tan obligado nos dejas,
que si por esta piedad
aventuras tu cabeza,
antes la muerte elegimos,
para que nunca se entienda
que pudo ser de un cristiano
excedida la fineza.

CELÍN. Pues aunque arriesgue la vida
he de ver en esta empresa
si puede quedar vencida
hoy de la mía la vuestra.
Infelices caballeros,
cuyas juveniles fuerzas
han sido temor y asombro
de las moriscas banderas,
¿un aviso no os han dado,
que prudente os aconseja
volviéseis atrás el paso,
salvando con diligencia
las vidas?

GONZALV. Así es verdad;
pero imaginamos que era
temor de los africanos.

DIEGO. Y con ignorancia ciega
despreciamos el aviso.

CELÍN. Porque esa duda no os venza,
mirad toda esa campiña
de sarracenos cubierta,
sin que haya ningún cristiano
que os ayude ni defienda.
Ruy Velázquez cauteloso,
hoy con doblez os entrega
á los moros, porque acabe
vuestra ilustre descendencia;
y aunque yo como caudillo
aquí ejecutar pudiera
vuestra muerte, enternecido
de una lástima secreta
(porque al fin todos los hombres
son de una naturaleza),
á que escapéis con las vidas

he de ayudaros, pues dellas
es dueño aquí Ruy Velázquez,
que es el que os vende, y él llega:
vosotros podéis agora
templar su injusta fiereza,
porque os conceda las vidas;
que si él lo resiste, es fuerza
que muráis, pues de mi aviso
despreciásteis la clemencia.

RUY. (*Dentro.*) Acabadlos de matar,
verted su sangre soberbia.

Sale RUY VELÁZQUEZ.

¡Pero qué miro! Celín
ha dado á sus vidas tregua.

GONZALV. ¿Qué sangre es esa que dices
que viertan, señor?

RUY. La vuestra.

GONZALV. Advierte que es también tuya,
y la mejor, y así es fuerza
que te quedes con la mala
si desperdicias la buena.
No diga el mundo, señor,
que Ruy Velázquez se venga
con traición, cuando nosotros
no te ofendemos con ella.
De fe carece quien ciego
con sangre cristiana intenta
dar al moro una victoria
por vengarse de una ofensa.
Nuestro campo está deshecho,
toda nuestra gente es muerta,
con doble trato entregada
á tan infeliz tragedia.
Nosotros solos quedamos
pendientes de la clemencia
de tu valor, que en los nobles
vinculó el cielo por deuda.
Si de los pasados lances
hoy vengativo te acuerdas
y vengarte solicitas,
muera yo solo, no mueran
mis hermanos, que de esclavos
podrán servir la grandeza
de Almanzor, que es más trofeo
el tener en su presencia
vivos testigos, que acuerden
sus victorias y proezas.
Tío, señor....

FERNAND. Padre....

DIEGO. Amigo....

TODOS. Tu gran piedad nos conceda
las vidas.

GONZALV. Señor, los hijos
de Gonzalo Bustos vean,
que imitando á Dios, perdonas
pasados yerros y ofensas.

RUY. Sí perdonara, á no ser
vuestra infame desvergüenza
tan grande, que en mi solaz,
cuando mis bodas celebra
Burgos, bañásteis en sangre
mi rostro. ¿No se os acuerda
cuando, perdiendo el respeto
á doña Alambra, en sus mesmas
faldas matásteis osados
al jardinero, que de ella
se quiso amparar, ajando
el decoro á su belleza?
¿No está pidiendo á los cielos
venganza la muerte fiera
de Alvar Fáñez?

GONZALV. Es verdad;
pero, señor, de esa queja
nuestro Conde de Castilla
ya el duelo ajustó.

RUY. ¿No es esta
bastante causa, si el odio
y el rencor que os tengo pesa
más que el agravio mayor?
Quitadlos de mi presencia,
paguen con su sangre agora
su vil osadía, mueran:
Celín, ejecuta el orden
de Almanzor.

GONZALV. Desta manera,
traidor, infame, alevoso....

TODOS. Apesar de tu fiereza,
hemos de vender las vidas.
(*Sacando las espadas cierran contra los moros, y Ruy Velázquez se aparta, quedando solo en el tablado.*)

CELÍN. Es vana esa resistencia.

GONZALV. No importa el morir, si así
conseguimos fama eterna.

RUY. Entre los mismos alfanjes
se arrojan (¡rara braveza!),
y con ser tantos los moros
no son pocos los que quedan
muertos de su ciego arrojo.

FERNAND. (*Dentro.*) Virgen santa de la Vega,
amparadme.

DIEGO. (*Dentro.*) Muerto soy.

GONZALV. (*Dentro.*) Acabad, canalla fiera,
de matarme; llegad todos
con furor y con violencia,
que todos sois menester.

RUY. Rindióse en la acción postrera.

Sale CELÍN.

CELÍN. Ya queda el orden cumplido.

RUY. Y tú, Celín, de la empresa
serás el dueño dichoso,
pues llevando sus cabezas,
Almanzor te dará el premio
que merecen tus finezas.

CELÍN. Nadie las tuyas estima.

RUY. Adiós, que mi gente espera. (*Vase.*)

CELÍN. Con el temor del castigo
ejecuté acción tan fea;
que á no verme este traidor,
la vida á los siete diera. (*Córrese una cortina.*)

Prisión de Bustos.

Aparece sentado GONZALO BUSTOS con cadena al pie.

BUSTOS. ¿Cuándo, cielos, será el día
que de esta confusa cárcel
saldré á ver la luz del sol,
que oscurecieron mis males?
Pero el gusto para un triste
siempre llegó nunca ó tarde,
cuando engañando á Castilla
el vil traidor Ruy Velázquez,
logra aplausos á su fama
en dulces tranquilidades.
Gonzalo Bustos de Lara,
que de los corvos alfanjes
fué terror, solo y cautivo

habita una oscura cárcel.
No he podido dar noticia
desta traición, ni de nadie
tengo aviso; de mí todos
se han olvidado (¡ah pesares!)
¿Adónde estáis, hijos míos?
¿dónde el valor y coraje
de vuestros hidalgos pechos?
¿qué torpe sueño os combate?
¿qué sirena os adormece
con olvidos desiguales,
que así perdéis la memoria
de librar á vuestro padre?
¿qué se hicieron los cariños
que allá en la paz me mostrásteis?
también de los hijos son
las finezas temporales;
pero mi queja es injusta,
que en vuestro valor no cabe,
amadas prendas queridas,
ningún temor que os ultraje.
El alma me está diciendo
que algún embarazo grande
os ataja el noble intento
de tan heróicas piedades,
conque murió mi esperanza;
que aunque Arlaja, favorable
secretamente entra á verme
por una puerta que sale
desde su cuarto á esta torre,
no espero que ha de librarme,
porque sus favores son
para más aprisionarme;
pues después que me hizo dueño
del mayor (¿cómo no caen
sobre mi vida estos montes?),
pensando que era bastante
para que me diese luégo
libertad, lograr afable
sus brazos, de otra manera
sucedió; pues vigilante,
que dure mi prisión quiere
para más asegurarme
como deudor de aquel hurto;
conque imposible se me hace
la libertad; y es castigo
del cielo, pues quien se vale
de un delito por remedio,
más acrecienta el achaque,
y aunque arrepentido lloro
este error.... (*Llora.*)
(*Al paño Arlaja y Celima.*)

ARLAJA. Entra adelante,
Celima, que este cristiano
hoy la vida ha de quitarme,
si prosigue en los desprecios
de mi amor.

CELIMA. De aquí escucharle
podrás, que apurar espero
su pecho, y las novedades
de su tibieza.

BUSTOS. ¿Quién entra?

CELIMA. Quien viene á templar tus males
de parte de mi señora.

BUSTOS. Celima hermosa, es tan grande
mi tristeza, que ese alivio
en mis suspiros no cabe.

CELIMA. ¿Quién de una infanta ha logrado
los favores más iguales?
Pues te hizo dueño dichoso
de su honor, ¿tienes pesares?
¿Con tan suprema fortuna
te hallas mal, cuando á Amurates
desprecia por tu cariño,
y otros príncipes, que amantes
su hermosura solicitan?
¿En hidalgos pechos caben
tan viles ingratitudes?
Vuelve en tí, cristiano Marte,
y mira que esas tibiezas
que publica tu semblante,
son de tu valor defectos
y para Arlaja desaires,
y más cuando por tu amor
padece un extraño achaque.

BUSTOS. ¿Cuál es?

CELIMA. No tener ninguno,
que en ella es falta notable.

BUSTOS. ¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?

CELIMA. No tienes de qué admirarte,
que también, como en las plantas,
de la flor el fruto nace.

BUSTOS. Con eso me estás diciendo
la obligación que me cabe,
por noble y por caballero,
de corresponder amante,
es verdad; ¿pero mi ley?

Sale ARLAJA.

ARLAJA. Más adelante no pases,
que tu ley no contradice
la obligación de la sangre.

BUSTOS. En cuanto á estimar, señora,
los favores y piedades
con que bizarra me obligas,
en mí es precepto inviolable;
pero en cuanto en proseguir
finezas que han de costarme
un tormento á la memoria,
y al alma un nuevo combate,
eso nó, que era ofenderte.

ARLAJA. Los desvíos desiguales
y tibiezas, que en tí miro
de unos días á esta parte,
me han dado gran pena, y ya
sé la razón de que nacen.

BUSTOS. Conocerás el efecto,
pero la causa no es fácil.

ARLAJA. Ya sé que estarás quejoso
de que yo, pudiendo darte
la libertad, te la niego;
pero si atento mirares
mi corazón afligido,
con obligación de amante,
por la prenda que en sí tiene,
verás que aquestas crueldades
son finezas de mi amor;
pues si te libro, al instante
quedo yo sin alma, viendo
de mis cariños distante
al que más estimo y quiero;
si no te libro, es matarme,
pues me enternecen tus penas,
de suerte, que en dos mitades
zozobra el alma confusa,
de librarte ó no librarte;
pues niega amor lo que manda
de la razón el dictamen.

Pero para que conozcas
que rompo dificultades,
y que estimo más tu vida
que la mía en esta parte,
por mi cuarto salir puedes
libre á lograr los süaves
triunfos de tu libertad;
que aunque el Rey mi hermano ultraje
por tu causa mi hermosura
nada importa; mas repare
tu atención, que al mismo punto
que de mis ojos faltares,
ese será el plazo fijo
de mi muerte; ahora afable
ó cruel te determina
de irte libre ó de quedarte;
pero no te quedes, véte,
y logra felicidades
allá en tu patria seguro:
muera yo en las soledades,
de mi pena acompañada,
hasta que este llanto acabe
mi vida, que por lo menos
lograré las vanidades
de que sepan que fuí firme,
y que te excedí constante,
haciendo que en mi sepulcro
se escriba en oro: «Aquí yace
quien murió por dar piadosa
la libertad á su amante.»

BUSTOS. Enjuga, Arlaja divina,
el llanto, tu sol no empañe
el rosicler, que entre nubes
padece oscuros celajes;
y pues dices que una prenda
ató nuestras voluntades,
fruto que un alma contiene,
no aventuren tus pesares.
No llores, que juro al cielo,
ó á tí, que lo mismo vales,
de no dejar la prisión
hasta que Almanzor se canse
de verme cautivo, y quiera,
lastimado de mis males,
ó darme la libertad
ó la muerte, si no es que antes
soy, de mirarte imposible,
de mi propia vida el áspid.

ARLAJA. Mi dolor con eso alivias.

BUSTOS. La razón lo persüade.

ARLAJA. Pues sabes mi mal, no olvides
lo que debes á tu sangre.

BUSTOS. Yo haré....

ALMANZ. *(Dentro.)* Las puertas abrid
desta prisión.

ARLAJA. ¡Cruel lance!

CELIMA. El Rey se entra acá.

BUSTOS. ¿Qué dices?

ARLAJA. Esta es novedad notable.

BUSTOS. ¡El Rey en la torre, cielos!

ARLAJA. Luégo vuelvo á verte.

BUSTOS. Adiós.

CELIMA. Vamos aprisa, que sale. *(Vanse.)*

Salen ALMANZOR, CELÍN y MÚSICOS.

ALMANZ. Noble capitán valiente,
lastimado de tus males,
á la prisión vengo á verte
y á usar contigo piedades,
por las victorias que el cielo
benigno ha querido darme.
Ya de un cuidado importuno,
que lidiaba en mis afanes,
vivo seguro, y por eso,
hoy liberal quiero honrarte.

BUSTOS. Con favor tan soberano
mi dicha espero, pues nadie
á vista del Rey, padece
prisión ni muerte.

ALMANZ. Es constante;
ya estás libre: hoy tu partida
puedes prevenir; mas antes
que te ausentes quiero yo
con extremos obligarte.
Hoy conmigo has de comer
á mi mesa, pues tu sangre
merece aquestos favores
de mi grandeza.

BUSTOS. *(Ap.)* (Pesares,
esto algún misterio encierra
que no alcanza mi dictamen.)

ALMANZ. ¿No agradeces mi cariño?

BUSTOS. Sí, gran señor; tus reales
plantas beso una y mil veces,
que esto en mis dichas no cabe.

ALMANZ. Hoy de tu valor espero
hacer, Gonzalo, un examen.
Conmigo á mi lado ahora
vén, pisando la agradable
estancia de estos jardines,
mientras la música aplaude
mis triunfos.

BUSTOS. *(Ap.)* (Dudoso voy.)

CELÍN. *(Ap.)* (¡Ah cristiano miserable,
quién te dijera la pena
que el convite ha de costarte!)
(Paséanse los tres.)

MÚSICOS. Norabuena victorioso
en nombre de Almanzor gane
provincias Celín, venciendo
los cristianos estandartes.

BUSTOS. *(Ap.)* (Ya, cielos, con lo que escucho
son mis temores más grandes.)

CELÍN. Aquí, gran señor, podrás,
de aquesta fuente á la margen,
comer.

ALMANZ. Proseguid cantando
mis trofeos singulares.

MÚSICOS. De los campos de Castilla,
vuelta la esmeralda en sangre,
quedó anegada á los filos
de los moriscos alfanjes.

BUSTOS. Ya para mí, gran señor,
no es el convite agradable,
oyendo de los cristianos
la tragedia lamentable.
(Siéntanse los dos frente á frente.)

ALMANZ. Siéntate, noble español,
que sucesos semejantes
son hijos de la fortuna,
no del valor; ¿qué es lo que haces?
¿por qué no comes?

BUSTOS. El gusto,
señor, de favor tan grande
me ha divertido.

ALMANZ. Sabrás,
Gonzalo, que entre tus haces
y entre las mías ha habido

muchos extraños combates;
mío fué el día y la suerte,
pues dicen que de tu parte
no quedó cristiano vivo,
y en albricias de tan grande
suceso me han remitido
un presente, que más vale
para mí que toda España,
pues de mis tristezas graves
sosegó el peso importuno
que me inquietaba cobarde:
dártele quiero, por ser
plato de valor notable,
y porque te sirva aquí
de postre para que acabes.
(*Ponen las siete cabezas por su orden, como que están cortadas, y alzan una cortina junto á donde está Gonzalo Bustos.*)

BUSTOS. ¡Válgame el cielo mil veces!
ALMANZ. Todos os salid, dejadle,
que si libertad le he dado
bien ha pagado el rescate. (*Vanse.*)
BUSTOS. ¡Ay de mí infeliz, qué miro!
Hijos de mi corazón,
dulces prendas de mi vida,
¿qué cierzo airado arrancó
de tanto florido tronco
la bella y lozana flor?
¿Quién desta suerte os ha puesto?
Si con aqueste dolor
no muero deshecho en llanto,
no soy vuestro padre, nó;
pues no es posible que viva,
animando aliento y voz,
quien tiene con siete heridas
traspasado el corazón.
Bárbaros, tiranos, viles,
sin duda que hombres no sois,
sino fieras, pues me herís
con un golpe tan atroz.
Gonzalvico, ángel querido,
¿no érais mi contento vos?
¿cómo no me habláis, mi vida?
Éste, por ser el menor,
era de mí el más querido;
mas no es esa la razón,
sino que há menos que había
salido del corazón.
Fernando, Diego, Martín,
don Bustos, Rodrigo (¡ay Dios!),
¿cómo me atrevo á nombrarlos?
pero sí, que como son
muchos pedazos del alma,
por eso quiere el amor
que haya muchos sentimientos,
y así, con distinta voz,
va repartiendo la queja
de un dolor á otro dolor.
Llorad, tristes ojos míos,
que si hoy falta el llanto en vos,
lloraréis toda la vida
de no haber llorado hoy.
Pimpollos recien nacidos
en el árbol del valor,
antes que veros cortados
muriera mil veces yo.
¡Muerte injusta, á lo más lejos
tu guadaña se alargó
del camino del morir!
¿no estaba más cerca yo?
matárasme á mí primero;
mas supuesto que Almanzor
hoy me ha dado libertad,
como irritado león,
que asusta el monte á bramidos
contra el fiero cazador,
volveré con mis banderas
á ser escándalo, horror,
asombro, venganza, estrago,
escarmiento, admiración
de estos tiranos, vengando
de tanta ofensa el rigor.

Sale ARLAJA.

ARLAJA. Y es justo vengar tu agravio.
BUSTOS. ¿Quién me ha interrumpido?
ARLAJA. Yo,
que no cumpliera con menos
que consentir tu dolor.
BUSTOS. ¿Por qué causa?
ARLAJA. Es también mío.
BUSTOS. ¿Quién le hizo tuyo?
ARLAJA. El amor,
que como rey de las almas
nunca en leyes reparó.
BUSTOS. Sólo á tí, ilustre africana,
debe alivios mi pasión,
pues cuando todos crueles
me desamparan, tu voz
me solicita el consuelo.
ARLAJA. Es corto el que aquí te doy.
BUSTOS. Yo le pagaré, volviendo
á cumplir mi obligación.
ARLAJA. ¿Sabes cuál es?
BUSTOS. No lo ignoro,
pues dejo preso en tu sol
un vivo empeño que adoro.
ARLAJA. Con eso, ya mi dolor
no tiene más que advertirte.
BUSTOS. Ni más que ofrecerte yo.
ARLAJA. Junto á esa torre hallarás
un cautivo, y un veloz
caballo, que al viento excede;
en él podrás con valor
ponerte al punto en Castilla.
BUSTOS. Y yo palabra te doy
de no olvidar prendas tuyas,
en quien dejo el corazón.
ARLAJA. ¿Y si tienen vida?
BUSTOS. Entonces
yo las buscaré mejor.
ARLAJA. Que has de partirte.
BUSTOS. Es forzoso
por ahora.
ARLAJA. ¡Cruel rigor!
BUSTOS. ¡No puedo más!
ARLAJA. Ya lo veo.
BUSTOS. Fuí infeliz.
ARLAJA. Más lo soy yo.
BUSTOS. No se va quien deja el alma.
ARLAJA. Más siente quien se quedó.
BUSTOS. No puedo excusar mi ausencia.
ARLAJA. Ya sé que es fuerza el ser hoy.
BUSTOS. Precisos males me obligan.
ARLAJA. ¿Que no hay más remedio?
BUSTOS. Nó.
ARLAJA. ¿Pues qué hemos de hacer?
BUSTOS. Llorar,

ARLAJA. ¿Y con eso?
BUSTOS. Adiós.
ARLAJA. Adiós.

JORNADA TERCERA

Salón.

Salen CELIMA y ARLAJA.

CELIMA. Dime, señora, tu pena.
ARLAJA. Ya sabes que tengo un hijo
de aquel noble castellano,
Gonzalo Bustos, que vino
por mi mal, pues que mi hermano
su prisionero le hizo;
y cuando partió á Castilla,
aun no era entonces nacido
Mudarra, que este es el nombre
que le han dado desde niño:
que tiene sangre cristiana
sin duda el alma le ha dicho.
CELIMA. Y él lo muestra, pues que siempre
con los cristianos cautivos
se divierte conversando.
ARLAJA. Bien se ve, pues su destino
es de partirse á Castilla,
apesar del amor mío,
á saber quién es su padre;
y aunque una carta he tenido
por Basco, criado suyo,
á quien hoy mi hermano hizo
prender, porque entró en los baños,
crimen grande en nuestros ritos,
que es criado de su padre
le callé, por disuadirlo
de este viaje que intenta,
desviando sus designios,
por evitarle á mi amor
con su ausencia este martirio;
y está tan determinado,
que en vano he de resistirlo.
CELIMA. Mucho lo sentirá el Rey.
ARLAJA. Aunque le llama sobrino,
ya sabes que con cautela,
por disfrazar mi delito,
le dí á entender á mi hermano
que le crié desde niño,
y que fué hallado á la puerta
de mi cuarto, y que encendido
de amor y piedad el pecho
le dí de hijo adoptivo
el nombre; mas como hace
en él la sangre su oficio,
y resplandece en las venas,
dando de quien es indicio,
como á sobrino le quiere
y ha de sentir su desvío;
que como de guerreador
en él las muestras ha visto,
pues desde la tierna infancia
esgrimía embravecido
el duro acero, trocando
por las espadas los libros;
tanto, que á solas un día
le hallaron (¡raro prodigio!)
que estando viendo un retrato
de aquel caso tan impío
de los siete infantes muertos,
furioso y enternecido,
con un diluvio en los ojos
y en la mano un papel limpio,
pidiendo venganza al cielo
llamaba al traidor á gritos.
Supo mi hermano este caso,
y admirado é indeciso,
sin saber que fuese causa
natural este prodigio
en él, pues de sus hermanos
muertos por traidores filos
en su pecho generoso
daba la sangre latidos,
atribuyó á su bizarro
aliento tan peregrino
suceso, juzgando que era
efecto del valor mismo;
que como son las traiciones
por sí opuestas al juicio
de la razón, y aun la fiera
las aborrece en su instinto,
así para castigarlas
se irritaba vengativo:
¿qué mucho, si en uno dellos
se estaba mirando el mismo?
según un cautivo anciano,
viéndolo un día, me dijo
que era del menor hermano
Mudarra un retrato vivo.
Cobróle tanta afición
el Rey mi hermano, que ha sido
siempre estudio de sus ojos
y objeto de sus cariños.
Con él anda á todas horas;
¿mas qué mucho, si le ha visto
brazo á brazo en fiera lucha
vencer un oso en el circo,
blandir el herrado fresno
y escalar muros altivos,
correr el bridón gallardo
y parar de un carro el brío,
poniendo sola una mano
y afirmando los pies fijos?
Como á sí mismo le quiere;
y aunque tal vez ofendido
le muestra el rostro severo,
porque suelen darle aviso
que trata con los cristianos,
luégo vuelve más benigno
á hacerle nuevos favores;
y así, que sienta es preciso
su ausencia, y sin su licencia,
que se ha de partir ha dicho.
Ve cuál estará mi pecho
de dos dudas combatido;
pues si á mi hermano le callo
de Mudarra los designios,
ofendo su real persona;
y también si se lo digo,
á mi propio hijo ofendo,
pues le descubro un delito,
que es el pasarse á Castilla;
y aunque es tan justo el motivo,
doy causa de que le prenda
y en él haga algún castigo.

Ya él sabe quién es su padre,
que yo misma se lo he dicho,
y le conté la tragedia
de sus hermanos vendidos
por el traidor Ruy Velázquez:
y á cuanto mi voz le dijo,
lo que yo empecé en palabras
él lo acababa en suspiros.
Hoy trata de ir á vengarse,
sin que impidan el camino
ni mis ruegos, ni mis ojos;
y así otro medio he elegido:
Celín es quien le ha criado,
y á quien debe los principios
de su enseñanza, á quien siempre
como padre ha obedecido,
y así determino hablarle
por si puede reducirlo.
Aquí, Celima, me esperas,
que pues eres el archivo
destè secreto, á tí sola
todo mi cuidado fío,
por dar alivio á mis males
comunicados contigo,
si es que los pesares tienen,
comunicados, alivio.

CELIMA. Aquí, señora, te aguardo;
muy buen medio has prevenido
en Celín.

ARLAJA. Permitid, cielos,
que no pierda yo á mi hijo,
ya que he perdido á su padre.

CELIMA. Los cielos serán propicios.

ARLAJA. Eso espero. Alá te guarde. *(Vase.)*

CELIMA. Él vaya, Arlaja, contigo.

VIEJO. *(Dentro.)* ¡Ay infelice de mí!

BASCO. *(Dentro.)* ¿Hasta cuándo, astro corito,
has de dejar de ofenderme?

CELIMA. Estos míseros gemidos
que hacia esta parte se oyen
son de cristianos; oirlos
quiero aquí retirada,
por si la voz apercibo
de Basco entre ellos.

Salen con grillos BASCO y un CAUTIVO VIEJO.

BASCO. Mal haya
el mazmorrero maldito,
que con tan duras prisiones
me ha mazmorrado el sentido.

VIEJO. ¿Qué sientes, Basco?

BASCO. Estos grillos.

VIEJO. ¿Quién te los echó?

BASCO. Un morillo
de los moros melioneses.

VIEJO. ¿Por qué?

BASCO. Porque enternecido
me vió hablar con una moza,
los de la vieja echar me hizo.

VIEJO. ¿Qué son moros melioneses?

BASCO. Melioneses son, amigo,
los que siembran melonares.

VIEJO. ¿No es más de ese tu delito?

BASCO. No fué sólo esto.

VIEJO. ¿Qué fué?

BASCO. Que entré en los baños.

VIEJO. ¿Qué has dicho?
¿en los baños?

BASCO. Sí, en los baños.

VIEJO. ¿Cómo entraste?

BASCO. En cueros vivos,
y unos perros me acecharon,
que eran guardas de aquel sitio,
y me azotaron crueles,
poniéndome como un lirio,
con unos arcos de cubo
desde el hombro hasta el tobillo.

VIEJO. ¿Y al fin te hallaron bañando?

BASCO. Y dentro del baño mismo.

VIEJO. ¿Y entraron dentro á cogerte?

BASCO. Sí, porque aquellos morillos
eran todos perros de agua.

VIEJO. Pésame de haberte oído,
que tienen pena de muerte
los que entran en aquel sitio.

BASCO. No es eso lo más que he hecho.

VIEJO. Dí, ¿qué fué?

BASCO. Otro pecadillo,
que ahora me han acumulado.

VIEJO. ¿Qué es?

BASCO. Ser cura del tocino.

VIEJO. ¿Cura del tocino? ¿cómo?

BASCO. Entré de moro vestido
aquí á cierta diligencia
que mandó un amo á quien sirvo,
y gastóseme el dinero
porque yo compré un cochino.
Con él entré al arrabal,
puse allí escuela de niños,
que como yo hablo algemiado
me fué fácil el fingirlo.
En breve espacio á mi escuela
vinieron tantos morillos,
que tuve en mi compañía
más de doscientos pupilos.
Á todos por las mañanas
les daba unos torreznitos,
y con esta maña á todos
enseñaba el Catecismo,
y al que más iba aprendiendo
daba el torrezno más frito;
y al regalado bocado
sabían ya los morillos
la doctrina como rayos;
de suerte, amigo mío,
que con esta maña sola,
en breve tiempo á infinitos
les metí en el alma y cuerpo
fé católica y tocino.

VIEJO. Por eso y por irte al baño
harán en tí dos castigos.

BASCO. El uno será por puerco
y el otro será por limpio.

CELIMA. Un susto á Basco dar quiero,
ya que la plática he oído.

BASCO. ¿Celima?

CELIMA. ¿Basco?

BASCO. De mí
tu nombre bien recibido
fuera, si la mitad sola
viniera.

CELIMA. ¿Cómo, Basquillo?

BASCO. Dejando la Ce y viniendo
la lima para estos grillos.

CELIMA. ¿Sientes mucho la prisión?

BASCO. ¡Ay, mucho!

CELIMA. Durara siglos,
y nunca salieras de ella.

BASCO. ¿Por qué?
CELIMA. Porque he oído
decir, que estás condenado
á atenacearte vivo.
BASCO. Dime, ¿y cómo atenacean?
CELIMA. Yo lo diré, que lo he visto.
Átanle á un hombre en un palo
pies y manos.
BASCO. ¡San Cirilo!
CELIMA. Y al lado le ponen luégo
dos braseros encendidos
rodeados de tenazas.
BASCO. Fuego.
CELIMA. El que lleva el martirio
va en cueros.
BASCO. San Blas.
CELIMA. Y en medio
de dos ministros impíos,
con dos tenazas ardiendo
le van sacando á pellizcos
la carne y el hueso dejan.
BASCO. Hasta en eso son ministros,
pues llevan carne sin hueso.
CELIMA. Desta suerte al pobrecito
le quitan la vida á pausas.
BASCO. ¿Á pausas? Pierdo el sentido,
porque sin ser miserable,
de miserable el castigo
es, pues me harán caballero
de la tenaza. Dios mío,
¿quién me trajo á estas mudanzas?

Sale MUDARRA.

MUDARRA. Librad á cuantos cautivos
la oscura mazmorra encierra.
BASCO. Bien haya el padre que te hizo,
ó la mora que dió leche
á boca que tal ha dicho.
MUDARRA. ¿No hacéis lo que mando luégo?
UNO. Yo, señor, no te replico.
(Ap.) (El diablo que resistiera
lo que manda, pues al río
desde aquí al punto me echara
de un puntapié.) Ya sin grillos
están.
MUDARRA. Decid que Mudarra
os dió libertad, amigos,
que con eso iréis seguros.
BASCO. Yo lo publicaré á gritos,
que escapé de la tenaza:
viva Mudarra mil siglos,
que con beneficios tales
á este cura del tocino
hoy le hace beneficiado.
MUDARRA. Idos, pues, en paz, cautivos.
CELIMA. Espera, Basco.
BASCO. ¿Qué quieres?
CELIMA. ¿Atreveráste á ir conmigo?
BASCO. ¿Adónde?
CELIMA. Adonde me esperes
dentro en palacio escondido,
porque de aquel pliego lleves
respuesta.
BASCO. Si no hay peligro,
guía, pues así á mi amo
con más fineza le sirvo. *(Vanse.)*
MUDARRA. Gozad lo que antes tuvísteis,
prisioneros afligidos,
que aunque os da la libertad
piadoso el corazón mío,
nada os da, pues sólo os vuelvo
lo mismo que habéis perdido.
¡Válgame Alá! si supiera
antes lo que hoy he sabido,
que soy de estirpe cristiana,
de tan noble padre hijo,
yo me vengara más presto
dando á aquel traidor castigo.
No en vano dentro del pecho,
para vengar tal delito,
me daba la sangre voces;
no acaso ha sido el cariño
que hallan en mí los cristianos.

Sale ALMANZOR.

ALMANZ. ¿Cómo, Mudarra atrevido,
sin esperar mis decretos,
contra mis leyes altivo,
vos por vos, sin mi licencia,
á mis preceptos remiso,
dísteis libertad á cuantos
cristianos el duro abismo
de esa mazmorra encerraba?
Si no habéis tenido aviso
hasta hoy de lo que sois,
para que templéis el brío,
y no os desvanezca el veros
de Arlaja y de mí querido,
sabed que os hemos criado
como á príncipe, y sois hijo
de no conocidos padres.
MUDARRA. Vos la culpa habéis tenido
de que yo piadoso sea
con esos pobres cautivos;
porque si vos me criásteis
como á príncipe, he cumplido
con parecerlo en librarlos,
que deste nombre no es digno
ni príncipe ha de llamarse
aquel que no es compasivo.
ALMANZ. *(Ap.)* (Discreto es como valiente;
diciéndome está el cariño
que no le riña, y es fuerza
mostrar mi enojo.) Lo mismo
en otra ocasión hicísteis,
y aunque otra vez os he dicho
que no tratéis con cristianos,
no me habéis obedecido,
y más no he de perdonaros,
loco, rapaz y atrevido.
Corregid vuestra soberbia,
temed, temed mi castigo,
no os fieis en mi favor,
pues dél os hacéis indigno,
que os juro por Alá santo,
que yo, irritado conmigo,
si mis leyes quebrantara
con semejante delito,
yo á mí mismo me ofendiera,
me matara yo á mí mismo. *(Vase.)*
MUDARRA. Espera, Almanzor.

Sale ARLAJA.

ARLAJA. ¿Qué intentas?
MUDARRA. Darle á entender á mi tío
que no temo sus enojos,
que él ha de temer los míos,
pues fué cómplice en la muerte
de mis hermanos, impío,

amparando á Ruy Velázquez,
á quien matar determino:
mas pues luégo he de partirme
para esta empresa que sigo,
mejor medio es que no sepa
esta venganza á que aspiro
el Rey, pues quien soy ignora;
porque á saber que era hijo
tuyo y de Gonzalo Bustos,
él me impidiera el camino.

CELIMA. ¿Que en eso, en fin, te resuelves?
MUDARRA. Este es sólo mi designio.
ARLAJA. ¿Y mi llanto no te mueve?
MUDARRA. Nó, pues con él más me irrito.
CELIMA. ¿Buscar tu contrario intentas?
MUDARRA. Sí, su muerte solicito.
ARLAJA. ¿Tú, Celín, qué dices desto?
CELÍN. Que le aconsejo lo mismo,
que no es bien que un traidor viva
estando Mudarra vivo.
ARLAJA. De buen padrino ha llegado
á valerse el dolor mío:
¿qué has dicho?
CELÍN. Que he de ir con él
hasta encontrar su enemigo,
acompañándole.
MUDARRA. Nunca,
Celín, de tu pecho invicto
esperé yo menos, pues
mi padre segundo has sido.
ARLAJA. Pues ya que determinados
estáis los dos de partiros,
para que en tí el lucimiento
no desdiga de sobrino
de un rey, vén, que quiero darte
mis joyas, hijo querido,
con todo el oro que guardo,
y un criado ha de ir contigo
también.
MUDARRA. ¿De quién?
ARLAJA. De tu padre,
por quien cartas he tenido.
MUDARRA. ¿De mi padre?
ARLAJA. De tu padre.
MUDARRA. Nuevas dichas examino;
¿y adónde está ese criado?

Sale BASCO.

BASCO. Aquí Basco está escondido
hasta llegar á buscarte;
de contento salto y brinco:
aprieta, Mudarra hermoso,
retrato de mi amo el chico.
¡Jesus! no ví cosa tal.
MUDARRA. ¿Soy á él muy parecido?
BASCO. Más que el freir al llover.
CELÍN. El Basco tiene capricho.
MUDARRA. Vamos, Celín, que en tí llevo
buen maestro y buen amigo.
CELÍN. Mejor dirás un vasallo
leal para tu servicio.
ARLAJA. El cielo con bien te traiga
á mis ojos, hijo mío.
BASCO. No hay que temer, que va Basco,
con quien comparado ha sido
Basco Palla, hombre trillado,
y Basco Figueiro su hijo.

Jardín de casa de Bustos.

Sale GONZALO BUSTOS, de barba, arrimado á un bordón, como ciego, y un JARDINERO.

BUSTOS. Sancho, Nuño, hola, criados,
escuderos, ¿cómo es esto?
¿no hay quien responda?
JARD. Señor.
BUSTOS. ¿Quién eres tú?
JARD. El jardinero:
¿no me conoces?
BUSTOS. Nó, amigo,
pues de llorar ya estoy ciego;
ponme en lugar donde pueda
gozar del sol.
JARD. Soy contento:
ven andando poco á poco.
BUSTOS. ¿Mis criados qué se han hecho?
JARD. Como el Conde de Castilla
hoy se hospeda en este pueblo,
tus escuderos y pajes
á ver la entrada salieron.
BUSTOS. ¿Sin avisarme entra en Salas
el Conde? Algún daño temo.
JARD. Hacia aquí puedes sentarte,
que da el sol de medio á medio.
BUSTOS. ¿Y adónde vais?
JARD. Yo, señor,
á la tarea me vuelvo
de cultivar esos cuadros,
pues cantando lisonjeo
el trabajo.
BUSTOS. Bien está.
JARD. Pues adiós. (*Vase.*)
BUSTOS. ¡Válgame el cielo!
¡qué inútilmente he vivido,
pues mi agravio no he deshecho!
Cuando pensé que en Castilla
de mi enemigo soberbio
no quedara seña alguna,
que á los estragos sangrientos
de mi venganza no fuese
de su traición escarmiento,
amparado y defendido
del Conde, que poco atento
da crédito á sus engaños,
vive el traidor lisonjero,
y sin que pudiese yo
vengar en tan largo tiempo
aquella inocente sangre
que entregó su aleve pecho;
pues temiendo mi venganza
se ausentó á Francia huyendo,
y hasta saber que yo estaba
de llorar mis penas ciego,
no vino á Castilla; y hoy,
que me ve incapaz del duelo,
de mis ya caducos bríos
hace donaire y desprecio.
Siete piedras cada día
tira á mis ventanas, siendo
este acuerdo repetido
vil memoria y vituperio
de mis siete hijos queridos,
que para herirme de nuevo
en el alma, cada día
me acuerda estos sentimientos.
CANTA. (*Dentro el Jard.*) Gonzalo Bustos de Lara,
en poder de Almanzor fiero,

por una carta engañosa
se queja cautivo y preso.

BUSTOS. Tan sabida es ya mi historia,
que hasta los propios plebeyos
condenan la alevosía
de tan bárbaro despecho,
y sólo un Conde en Castilla,
ignorando este suceso,
sin escuchar mi razón
ampara su atrevimiento.

CANTA. Convidárale á comer
el Rey moro, y por festejo
le dió en un amargo plato
por postre á sus hijos tiernos.

BUSTOS. Ojalá que entonces yo (*Llora.*)
muriera también con ellos,
pues la desdicha que lloro
fuera en mi memoria menos.
¡Oh, pluguiera á Dios que allá,
al ver horror tan sangriento,
cegara de no mirarlo,
como he cegado de verlo!

CANTA. De la hermana de Almanzor
diz que tuvo un hijo bello,
que apenas le vió nacido
cuando libertad le dieron.

BUSTOS. Es verdad que un hijo tuve
de Arlaja, según me dieron
noticia papeles suyos;
pero como há tanto tiempo
que no tengo della aviso,
¡quién duda de que habrá muerto
aquella prenda querida
de los dos! Ya por lo menos
veinte años tuviera el joven,
y ya pudiera resuelto
blandir la espada en defensa
de su padre, y con denuedo
vengar de sus siete hermanos
la sangre, que clama al cielo.
¡Válgame Dios! ¿Si ofendida
Arlaja de que grosero
no la cumplí la palabra
de volver á verla ha hecho
sentimiento deste olvido
y no me escribe por eso?
Yo no sé lo que habrá sido;
mas presto saberlo espero,
pues á Basco he remitido
á Córdoba con intento
de que hable á Arlaja y me traiga
de todo el aviso cierto. (*Tocan.*)
¿Pero qué es esto que escucho,
que con militar estruendo
asusta el aire?

Sale el JARDINERO.

JARD. Señor,
en gran peligro estás puesto,
porque un escuadrón de moros
vienen cercando resueltos
tu casa.

BUSTOS. ¡Válgame Dios!

JARD. Si bien el caudillo dellos
es un bellísimo joven:
juraría que era el mesmo
retrato de Gonzalvico.
¡No ví tan raro portento!

BUSTOS. ¿Qué dices, hombre?

JARD. Que huyamos,
pues con violencia, soberbios,
se van entrando hasta aquí.

BUSTOS. Moverme, amigo, no puedo:
deja que lleguen, y acaben
mi vida con fin sangriento.
Sin duda que Ruy Velázquez
esta traición ha dispuesto.

Salen MUDARRA, CELÍN y BASCO.

MUDARRA. Tened, aguardad, cristianos,
no temáis mi heróico acero,
pues sólo á Gonzalo Bustos
es á quien buscando vengo.

BUSTOS. Pues ya le tenéis presente,
moros, yo soy; mas primero
que vuestro rigor se logre
en mi triste vida, os ruego
que á un moro que se parece
á un hijo que me dió el cielo,
me le dejéis abrazar,
ya que mirarle no puedo.
Aquesto vuestro valor
permita, y matadme luégo.

MUDARRA. ¡Válgame Alá! que es mi padre
el alma me está diciendo,
pues de una extraña alegría
se me ha revestido el pecho.

BUSTOS. ¿No me respondéis?

MUDARRA. Señor,
enternecido y suspenso
de haberos ciego mirado
me dejó absorto el silencio,
pues de vuestro mal me toca
el dolor y el sentimiento.

BUSTOS. ¿Por qué razón?

MUDARRA. Porque soy
el moro que me parezco
á Gonzalvico.

BUSTOS. Llegáos
mas á mí; ¿y es bastante eso
para que sintáis mis males?

MUDARRA. Sí, que me obliga un precepto.

BUSTOS. ¿Y cuál es?

MUDARRA. Es que yo soy,
padre y señor, hijo vuestro
y de Arlaja, que postrado
á esos pies la mano os beso.

BUSTOS. ¿Hijo mío tú? ¿qué has dicho?
deja que dude el suceso;
pues si creo estas verdades
puede matarme el contento.
Dame los brazos; ¡ay Dios!
¿Si es ilusión del deseo?
Hijo mío, hijo, el gusto
me estorba la voz; ¡si es sueño!

MUDARRA. Que el sér me has dado confirma
lo mucho que te respeto;
que soy tu hijo no dudes,
porque á no ser verdadero,
nací, apesar de la envidia,
con tan altos pensamientos,
que á pensar que no eras tú
quien me ha dado el sér que tengo,
sólo al sol reconociera
por padre de mis alientos.

BASCO. Y de ello Basco es testigo,
pues como fiel podenco,
ventor de capa y espada,

de Irlanda insigne sabueso,
desde Córdoba te traigo,
en respuesta de tu pliego,
á este joven, que es tu hijo,
como de la tierra el puerro;
pues por los poros brotando
de los Laras el esfuerzo,
tiene los ojos González,
González los pensamientos,
y no hay valor más González
desde Gonzalo el primero;
el cual, si se hace cristiano,
espero en Dios que muy presto
se ha de traer por morillo
la chimenea del cielo.

BUSTOS. Pues, Basco, ¿cómo no hablabas?
Ahora sí que lo creo;
vuelve á abrazarme, hijo mío,
llégate más á mi pecho,
junta con mi rostro el tuyo.

MUDARRA. Ojalá que con mi aliento
pudiera darte la vista,
pues me diste el sér que tengo.

BUSTOS. Por el tacto reconozco
que tienes el mismo cuerpo
que Gonzalvico (¡ay memorias!),
las manos son de mi Diego
y de Fernando la voz;
ya por lo menos no puedo
decir que lo perdí todo,
pues me queda por consuelo
en quien emplear gustoso
el amor de todos ellos.

MUDARRA. Pues dellos soy viva copia,
por todos lograr espero
la más heróica venganza
que haya eternizado el tiempo.
Por eso vine á Castilla,
que á mi diligencia debo
el saber que soy tu hijo,
y que mis hermanos fueron
vendidos por Ruy Velázquez,
y que el traidor, conociendo
la razón con que intentabas
vengarte, se ausentó, siendo
este imposible la causa
de que cegases al tierno
curso de llorar honrado
tan repetidos tormentos.
No ha de quedar en Castilla
deste enemigo soberbio
huella, seña, sombra, amago,
vislumbre, indicio, bosquejo
que no borre, que no sea
de mi venganza escarmiento.
Pues si el sol mismo ofendiera
con traiciones mi respeto,
del mismo sol me vengara,
monte sobre monte haciendo
escala para el estrago;
y aunque bajara resuelto
mi atrevimiento en ceniza,
no me quitara á lo menos,
por más que arrojase rayos,
el valor del emprenderlo;
que quien por vengar su agravio
muere en el bizarro empeño,
aunque no consiga el triunfo
hace glorioso su intento.

BUSTOS. En aquesta edad caduca,
cuyo fatigado aliento
me señala el postrer plazo,
venganzas no te aconsejo;
ya está padecido el daño,
á lo hecho no hay remedio:
dejar á Dios la venganza
es en la ley que profeso
la acción mayor, perdonando
al enemigo los yerros.

MUDARRA. Padre y señor, si en tu ley
la venganza es desacierto,
en la mía nó, que pide
el agravio desempeño.
Vengaréme como moro,
y como cristiano luégo
le perdonaré, después
que haya á mi cólera muerto.

BUSTOS. Yo no pienso persuadirte
á tal acción; pero advierto
que es poderoso enemigo,
que de lo mejor del reino
le acompaña una cuadrilla,
y que es muy cercano deudo
de la Condesa, mujer
de García nuestro dueño.

MUDARRA. Matándole sin ventaja
no hay que temer ningún riesgo.

CELÍN. Y cuando la hubiera, en ese
traidor, que siempre maestro
de cautelas y de engaños,
veo sin valor ni alientos;
yo, que al lado de Mudarra
tan justa empresa defiendo,
haré que rinda el orgullo
sólo de mi nombre al eco,
pues bien conoce á Celín
su traidor y aleve pecho.

BUSTOS. Tu fama, Celín valiente,
vuelve por tí; en algún tiempo
batallamos lanza á lanza.

CELÍN. Es verdad; pero tu esfuerzo
siempre ha sido singular.

BUSTOS. Eras tú entonces pequeño,
mas siempre mostraste el brío
notable que te hizo dueño
de la gracia de Almanzor.

CELÍN. Por tu amigo me confieso.

BUSTOS. Y yo los favores que haces
á este muchacho agradezco.

CELÍN. Siempre tuve á los cristianos
inclinación, y no entiendo
la causa.

BUSTOS. Sin duda alguna
te quiso hacer uno dellos
el cielo, pues nunca acaso
son los influjos del cielo.

VOZ. *(Dentro.)* Éntre el Conde solamente,
y Ruy Velázquez.

MUDARRA. ¿Qué es esto?

BASCO. Que Ruy Velázquez y el Conde,
con noble acompañamiento,
se entran acá.

BUSTOS. Á mirar vienen
la novedad del suceso:
hijo, reportarte importa.

MUDARRA. Yo haré, señor, lo que debo.

CELÍN. Famosa ocasión es ésta
para que logres tu intento.

Salen el CONDE y RUY VELÁZQUEZ, vestidos de camino.

CONDE. Gonzalo Bustos de Lara,
á quien estimo y venero
por noble, por valeroso,
por rico-hombre de mi reino,
y por pariente, que es más;
hallándome en este pueblo
de Salas hoy, no he querido
pasar á Burgos sin veros,
que aunque estáis de mí quejoso,
por motivos que no entiendo,
ni vos los justificáis
con testigos ni instrumentos,
soy vuestro amigo, y quisiera
saber, Gonzalo, á qué efecto
os buscan moros de paz
en vuestra casa; ¿qué es esto?
sin darme parte.

BUSTOS. Señor,
pues favor tanto os merezco,
que honras mi casa, escuchad.

MUDARRA. El decir todo el suceso
me toca á mí, pues soy quien
cometió el atrevimiento.
Conde heróico de Castilla,
porque sepas por extenso
la razón que me ha movido
á entrar osado en tu reino,
primero me has de enseñar
á Ruy Velázquez.

RUY. (*Ap.*) (¡Recelos,
qué escucho!) Yo soy, ¿qué intenta,
moro, tu osado despecho?

MUDARRA. Sólo conocerte: ahora
sabrás, Conde, á lo que vengo.
Yo soy Mudarra González,
que de ser hijo me precio
del noble Gonzalo Bustos
y de Arlaja, infanta, regio
linaje, que generoso
me infunde altivos alientos.
Á tí, pues, el más aleve
cristiano, que en vituperio
de la nobleza española
manchaste los privilegios;
á tí, que contra tu sangre,
contra tu Dios, patria y suelo,
traidor vendiste á mi padre
con la falsedad de un pliego,
y sin atender al uso
de los militares fueros,
sin fe, sin razón, sin alma,
entregaste á los aceros
moriscos mis siete hermanos,
delito por sí el más nuevo,
más cruel, más horroroso,
que cupo en humano pecho;
por esto, y por otras muchas
infamias que no refiero,
que aunque son grandes las más,
todas con ésta son menos,
te reto y te desafío
á batalla cuerpo á cuerpo,
por alevoso y cobarde,
por vil, traidor, lisonjero,
que aunque pudiera á traición
vengarme en razón del duelo,
por no parecerme á tí
usar de acción vil no quiero.
Sal conmigo á la campaña,
ó el Conde señale puesto,
que como á rey de Castilla
le toca este antiguo fuero,
de dar campo al ofendido
como jüez justo y recto.
Llega á mis brazos, si quieres
concluir luégo este pleito,
que aquí sin armas te aguardo;
porque si tardas, sospecho
que en los elementos cuatro,
esparcido este veneno
de mi furor vengativo,
ha de matarte el aliento
en el aire si respiras,
en la tierra si te encuentro,
en el fuego si te ampara,
en el agua si sediento
templas la sed, que mezclada
esta furia en sus efectos,
para tu estrago conjura
agua, tierra, llama y viento.

BUSTOS. En piedad se me ha trocado
el rencor, y mucho siento
que este muchacho le trate
con tan libre arrojamiento.

RUY. Miente la voz, miente el labio
que contra mi honor opuesto
mi lealtad desacredita
con envidia y rencor ciego.

MUDARRA. No miente.

RUY. Calla, bastardo.

MUDARRA. ¿Bastardo yo? Buen desprecio;
en aqueso te engañaste,
porque en la ley que profeso
solamente es matrimonio
la voluntad de dos pechos.
Mas tú....

BUSTOS. Bueno está, rapaz,
no hables más, calla.

MUDARRA. Obedezco.

BUSTOS. (*Ap.*) (De nuestra naturaleza,
qué extraño y terrible afecto
es éste, que aunque le riño
de que le hable así me huelgo.)

RUY. Eres moro, y tus razones
no hacen fe.

MUDARRA. Soy noble, y tengo
testigos que te condenan.

RUY. ¿Testigos tú?

CELÍN. Y verdaderos.
¿Podrás negarme que á mí
me hicistes doble instrumento
de tu traición?

RUY. No conozco
quién puedas ser, ni te entiendo.

CELÍN. ¿Qué? ¿Á Celín no conoces,
con quien trataste el concierto
de entregar á tus sobrinos
á Almanzor, muertos ó presos?
No te turbes.

BASCO. El color
se le ha puesto verdinegro.

RUY. Mentís, villanos.
(*Empuñan las espadas Mudarra, Celín y Ruy Valázquez.*)

CONDE. Tened;

¿cómo ultrajando el respeto
de mi presencia, atrevidos
así empuñáis los aceros?
(*Ap.*) (Aquí es menester prudencia,
porque hasta ahora sospecho
que me ha tenido engañado
Ruy Velázquez, y si es cierto,
por la razón de Gonzalo
he de volver justiciero.)
Ruy Velázquez.

RUY. Gran señor.

CONDE. Á los dos señalo puesto
de batalla aquesta tarde
en la plaza deste pueblo.
¿Aceptáis el desafío?

RUY. Sí, gran señor, que le acepto,
y honrado desmentiré
el vil cargo que me han hecho.
Y pues elegir me toca
las armas conforme al duelo,
para salir al combate
á prevenirme iré luégo. (*Vase.*)

CONDE. Gonzalo Bustos de Lara,
Mudarra, Celín, el tiempo
va descubriendo verdades
de mí ignoradas, que el cielo
parece que lo permite
para doblaros el premio.
Yo tengo de hacer justicia.

Sale UN CRIADO.

CRIADO. Señor, si no corréis presto
tras aquel traidor cobarde,
no se logrará tu intento.

CONDE. ¿Qué dices?

CRIADO. Que Ruy Velázquez,
del noble Mudarra huyendo,
va penetrando los campos
en un caballo ligero.

CONDE. Ya de su traición confirmo
la verdad; todos á un tiempo
le seguid por esa parte,
que yo por estotra quiero
ir en su alcance.

MUDARRA. ¡Ah cobarde!
aunque te sepulte el centro
de la tierra en sus abismos,
no has de escapar de mi acero. (*Vase.*)

CELÍN. Será en vano su cautela. (*Vase.*)

CONDE. ¡De acción tan vil me avergüenzo!

BUSTOS. Vos, gran señor, lo ajustad
de suerte que no haya riesgo
en la vida de Mudarra,
que es mozo, y mucho le temo.
A Ruy Velázquez, señor,
yo le perdono sus yerros;
no corra sangre este agravio,
que yo vengarme no intento.

CONDE. Yo haré, Gonzalo, de modo
que vos quedéis satisfecho. (*Vase.*)

BUSTOS. ¡Ay hijo del alma mia!
ampare tu vida el cielo,
y de ese traidor te libre:
Basco, vámosle siguiendo.

BASCO. Vive Dios, que si le topo
ha de llevar pan de perro. (*Vanse.*)

RUY. (*Dentro.*) Bruto andaluz, ¿qué prodigio
oculto te ensoberbece,
que corriendo desbocado
sin que pueda detenerte,
desde tí al suelo me arrojas?

Sale RUY VELÁZQUEZ.

RUY. ¡Válgame el cielo mil veces!
También en brutos leales
hay traición; sin duda es este
enigma de mi delito,
pues cuando huyo velozmente
los rigores y amenazas
que mi sinrazón convencen
se me desboca el caballo,
y de la cervíz rebelde
indócil me precipita.
Tan extraños accidentes
presagios son de algún daño
que dudoso el pecho teme.
¡Cielos, qué haré! deste monte
en la espesura silvestre
me esconderé; mas ¿qué digo?
¿á un rapaz que apenas tiene
varonil aliento, torpes
se rinden mis altiveces?
¿no será mejor que cumpla
de caballero las leyes
volviendo al sitio aplazado?
Claro está que es mejor; cesen
aquestos temores viles,
que mi nobleza oscurecen;
mas ¡qué torpe es el delito!
¡la culpa, qué negligente!
más acertado es huir,
porque viendo estoy mi muerte
en los filos de aquel joven.

MUDARRA. (*Dentro.*) Traidor, cobarde, detente,
no huyas, que ya te he visto.

RUY. Sombra, ilusión aparente,
voz que en el aire me asustas,
dí, ¿qué intentas? ¿qué me quieres?

Sale MUDARRA.

MUDARRA. Matarte: saca el acero,
porque si no te defiendes,
aqueso vivirás menos.
¿Qué es lo que te turba?

RUY. Atiende:
¿no es bastante vencimiento,
que te adorna de laureles,
ver que un hombre como yo
huye tu furor?

MUDARRA. No es ese
el aplauso que procuro.

RUY. ¿Pues cuál es?

MUDARRA. Darte la muerte.
(*Sacan las espadas.*)

RUY. Puede ser que no la logres,
aunque con ventaja ofendes.

MUDARRA. ¿Qué ventaja?

RUY. La razón
que tú presumes que tienes.

MUDARRA. Si la razón es ventaja,
con ésta he reñido siempre. (*Riñen.*)

RUY. ¡No he visto más fuerte brazo!

MUDARRA. ¡No ví pulso más valiente!
quien riñe así no es cobarde.

RUY. Sólo intento defenderme.

MUDARRA. No te retires.

RUY. Escucha.

MUDARRA. ¿Que te escuche? desta suerte,

3 0112 127851258

que eso es querer hacer tiempo
para que los tuyos lleguen.

RUY. ¡Muerto soy, válgame el cielo!

MUDARRA. Así pagarás, aleve,
con tu vida, la memoria
de aquella sangre inocente.

BASCO. (*Dentro.*) Señores, acudan todos,
que los dos se dan la muerte.

Salen TODOS.

CONDE. ¿Qué es esto?

MUDARRA. Haberme vengado.

CONDE. Ruy Velazquez es aquéste.

CELÍN. Justa ha sido la venganza.

RUY. Yo muero por justas leyes
del cielo, que me castiga,
pues sin piedad ciegamente
fuí cruel contra mi sangre.

CONDE. Dios por su justicia vuelve.

BUSTOS. Dame, hijo mío, los brazos.
Más ¿qué es esto? de repente
he cobrado vista, cielos.

MUDARRA. Para que el gusto celebre
de tan gran prodigio, pido
que luégo al punto me lleven
á darme el agua sagrada
del bautismo.

CELÍN. Seguiréte
yo también, que el ser cristiano
es la verdad.

CONDE. Y yo alegre
de los dos seré padrino,
con el aplauso solemne
que pide triunfo tan grande.

BASCO. Y aquí la historia fin tiene
del *Traidor contra su sangre*,
si es que un vítor os merece.

FIN